

LA NERVADURA DEL SIGNIFICANTE NEURÓTICO

THE VEINING OF THE NEUROTIC SIGNIFIER

de Oliveira Lima, Aridnaji¹

RESUMEN

Lacan, en su relectura del psicoanálisis freudiano, coloca al significante en el centro de su teoría, concibiendo al inconsciente como estructurado como un lenguaje. En *Las psicosis* (1955-1956), afirma que “la nervadura del significante es lo que sostiene todo el edificio del sentido”, metáfora que ilustra cómo el entramado significativo no solo articula, sino que constituye el soporte del sentido y del sujeto. Si bien esta formulación surge en el contexto de su análisis de la psicosis, donde la forclusión del Nombre del Padre desencadena una falla en la nervadura significativa, la noción permite ser pensada también en el terreno de las neurosis. El presente artículo se propone articular la noción lacaniana de nervadura del significante con el campo de las neurosis, de forma particular con la neurosis obsesiva, examinando los efectos sintomáticos de la represión y las formas en que el síntoma se organiza en la cadena significativa. Pensar la nervadura implica interrogar la trama estructurante que define la posición del neurótico frente al Otro, la falta, el goce y el deseo. Así, el síntoma se entiende como efecto de sentido sostenido por lo simbólico, lo que resalta la clínica psicoanalítica como espacio de lectura e interpretación del fantasma y de la posición subjetiva. A partir de una revisión conceptual de los aportes freudianos y lacanianos, se examina cómo el síntoma obsesivo se configura como un circuito cerrado de significantes que inmoviliza el deseo, produciendo un aplazamiento indefinido y una deuda imposible de saldar. Se analiza el modo en que la duda perpetua, los pensamientos intrusivos y los rituales obsesivos constituyen mecanismos de defensa frente al deseo y a la amenaza de castración simbólica, al tiempo que generan un plus de goce en la repetición. Mediante un recorte clínico, se muestra cómo la “nervadura significativa” sostiene la subjetividad neurótica, articulando el síntoma con la culpa, la ambivalencia afectiva y la economía de la deuda, y cómo el psicoanálisis, al situar el síntoma como efecto de sentido en el entramado simbólico, ofrece una vía para reinscribir la posición del sujeto frente al Otro, al deseo y al goce.

Palabras clave:

Neurosis obsesiva, Significante, Gocce, Deuda, Duda, Lacan, Freud.

ABSTRACT

Lacan, in his reinterpretation of Freudian psychoanalysis, places the signifier at the center of his theory, conceiving the unconscious as structured like a language. In *The Psychoses* (1955-1956), he asserts that “the articulation of signifying is what supports the entire edifice of meaning,” a metaphor illustrating how the significant framework not only articulates but also constitutes the support of meaning and the subject. While this formulation arises in the context of his analysis of psychosis, where the foreclosure of the Name-of-the-Father triggers a failure in the articulation of signifiers, the notion can also be considered within the realm of neuroses. This article aims to articulate Lacan's notion of the ribbing of the signifier within the field of neurosis, particularly with obsessive neurosis, examining the symptomatic effects of repression and the ways in which the symptom organizes itself within the chain of signifiers. Reflecting on the ribbing implies interrogating the structuring web that defines the neurotic's position in relation to the Other, lack, *jouissance*, and desire. Thus, the symptom is understood as an effect of meaning sustained by the symbolic, highlighting the psychoanalytic clinic as a space for reading and interpreting the phantasm and the subjective position. Through a conceptual review of Freudian and Lacanian contributions, the article examines how the obsessive symptom is configured as a closed circuit of signifiers that immobilizes desire, producing an indefinite postponement and an impossible debt to settle. It analyzes how perpetual doubt, intrusive thoughts, and obsessive rituals constitute defense mechanisms against desire and the threat of symbolic castration, while generating a surplus of *jouissance* in repetition. Through a clinical lens, it shows how the “signifying ribbing” sustains neurotic subjectivity, articulating the symptom with guilt, affective ambivalence, and the economy of debt, and how psychoanalysis, by situating the symptom as an effect of meaning within the symbolic framework, offers a way to reinscribe the subject's position in relation to the Other, desire, and *jouissance*.

Keywords:

Obsessive neurosis, Signifier, Jouissance, Debt, Doubt, Lacan, Freud.

¹Universidad Nacional de La Plata. Universidad de Buenos Aires UBA, Facultad de Psicología, Instituto de Investigaciones.
Email arid.olima@gmail.com

1. Introducción

A lo largo de su enseñanza, Jacques Lacan propone una profunda relectura del psicoanálisis freudiano desde la lógica del significante. Esta operación no solo resitúa el estatuto del inconsciente como estructurado como un lenguaje, sino que también transforma radicalmente la concepción clínica de las estructuras psíquicas. En este marco, una de las imágenes más fecundas introducidas por Lacan aparece en el *Seminario 3: Las psicosis* (1955-1956). En la clase del 8 de febrero de 1956 afirma que “la nervadura del significante es lo que sostiene todo el edificio del sentido”. Esta metáfora, de raíz botánica y estructural, remite a la idea de un entramado que otorga consistencia formal al discurso, de modo tal que el significante ya no es solo elemento de articulación, sino soporte mismo del sentido y del sujeto. Si bien esta formulación surge en el contexto de su análisis de la psicosis, donde la forclusión del Nombre del Padre desencadena una falla en la nervadura significativa, la noción permite ser pensada también en el terreno de las neurosis. En la psicosis, esa red simbólica se presenta desgarrada, con consecuencias clínicas tales como la irrupción de significantes no metabolizados (alucinaciones, delirios). En cambio, en la neurosis, dicha red permanece preservada, aunque atravesada por la represión. El Nombre-del-Padre no está forcluido, sino reprimido, asegurando así la posibilidad de sentido, aunque de un modo cifrado y conflictivo.

El significante estructura la experiencia neurótica a través de una lógica que, lejos de ser lineal, se despliega en síntomas, formaciones del inconsciente, actos fallidos y repeticiones, donde el sujeto queda atrapado en una dialéctica con el Otro. La “nervadura del significante neurótico” puede pensarse como ese entramado que, aunque tenso y contradictorio, mantiene su función estructurante, produciendo una subjetividad escindida pero sostenida en el campo simbólico.

Este artículo se propone examinar la función de dicha nervadura significativa en el campo de las neurosis, particularmente en la neurosis obsesiva, a partir de los desarrollos de Lacan sobre el significante y la estructuración subjetiva. Se trabajará con recortes clínicos que permiten mostrar los efectos sintomáticos de la represión como mecanismo que conserva la estructura simbólica, así como las diversas modalidades de organización del síntoma en relación con la cadena significativa. Hablar de la nervadura del significante neurótico implica interrogar cómo se dibuja esa trama estructurante, rígida y modulada a la vez, que determina el modo singular en que el sujeto neurótico se posiciona frente al Otro, la falta, el goce y el deseo. Situar el síntoma neurótico como efecto de sentido sostenido por la red simbólica enfatiza el valor de la clínica psicoanalítica como lugar de lectura e interpretación, donde el sujeto puede desplegar la lógica de su fantasma y reinscribir su posición frente al Otro.

2. Estructura lingüística del inconsciente: del síntoma freudiano al significante lacaniano

La noción de “nervadura del significante”, introducida por Jacques Lacan en su *Seminario 3: Las psicosis* (1955-1956), constituye una poderosa metáfora para comprender la función estructurante del significante en las neurosis. Lacan compara la estructura del lenguaje con la nervadura de una hoja, sugiriendo que cada detalle singular de la clínica (un síntoma, un lapsus, un sueño) refleja la configuración compleja de la totalidad del sistema significativo. En otros términos, cada formación del inconsciente en la neurosis lleva la impronta de la estructura lingüística que la produce, del mismo modo que en la nervadura de un pequeño fragmento de hoja se repite el patrón que organiza la hoja entera. Esta idea prolonga la intuición freudiana de que los fenómenos psicopatológicos no son eventos azarosos ni meramente somáticos, sino que poseen un sentido y una estructura. Freud descubrió tempranamente que los síntomas neuróticos “hablan” en una especie de lenguaje cifrado: “un síntoma siempre tiene un significado, incluso si ese significado le es desconocido al paciente” (Freud, 1895/1996, p. 179). Tal como un jeroglífico o un juego de lenguaje, el síntoma neurótico funciona como un signo que remite a un contenido reprimido y requiere de interpretación para develar su mensaje oculto.

Freud estableció el principio fundamental de que el inconsciente tiene una lógica y expresa pensamientos: los sueños, los actos fallidos, los chistes y, muy especialmente, los síntomas clínicos, no son actos carentes de sentido, sino formaciones sustitutivas que representan deseos e ideas inadmisibles para la conciencia. En su teoría clásica del síntoma, Freud lo definió como un “compromiso” psíquico entre una idea reprimida y la fuerza defensiva que la mantiene excluida de la conciencia (Freud, 1905/2006). El síntoma aparece, entonces, como una solución de compromiso: logra brindar una satisfacción indirecta al deseo inconsciente y, al mismo tiempo, sirve a las exigencias de la censura interna, presentándose en forma distorsionada o enigmática. En palabras de Freud, “todos los fenómenos de la formación de síntoma pueden describirse con justeza como un ‘retorno de lo reprimido’”, aunque lo retornado sufra serias deformaciones respecto de su forma original (Freud, 1915/1981). Dicho de otro modo, no es la represión en sí misma la que produce el síntoma, sino el retorno del contenido reprimido bajo una apariencia disfrazada.

Lacan retoma esta concepción freudiana desde una perspectiva lingüística, afirmando que “el inconsciente está estructurado como un lenguaje” (Lacan, 1966/2009). Para Lacan, lo que Freud llamó representación inconsciente o representante ideativo del impulso no es otra cosa que un significante, es decir, un elemento del lenguaje que ha sido reprimido (Lacan, 1957/1998). Importa subrayar que lo reprimido es siempre un significante, nunca el significado en sí (Lacan, 1964/1987, p. 218). Esto se corresponde con la distinción freudiana entre la energía afectiva, que no se “reprime” propiamente, sino que se transforma o desplaza, y la representación ideativa ligada a ese afecto, que sí sufre la represión (Freud, 1915/1981). Así, Lacan reformula el

núcleo del descubrimiento freudiano: en la neurosis, algo habla a través del síntoma, aunque lo haga en una jerga encubierta. El síntoma neurótico se concibe entonces como un mensaje cifrado, un significante enigmático que porta la verdad del sujeto en forma invertida o velada.

Un aporte central de Lacan consiste en describir la formación del síntoma mediante los mecanismos del lenguaje, específicamente las figuras de la metáfora y la metonimia. En *La instancia de la letra en el inconsciente* (1957), Lacan muestra que un síntoma funciona de modo análogo a una metáfora: un significante sustituye a otro que ha caído bajo la represión, produciendo un nuevo efecto de significado, el síntoma manifiesto, que encierra un sentido oculto (Lacan, 1957/1998). Por ejemplo, en un síntoma histérico como la parálisis funcional de un brazo, el significante corporal “parálisis” podría estar metaforizando un conflicto simbólico, quizá una “parálisis” de la voluntad frente a una prohibición interna, ligada a un deseo inconsciente inaceptable. El verdadero “texto” del inconsciente queda de este modo inscripto en el síntoma, aunque de forma distorsionada y fragmentaria, requiriendo la lectura psicoanalítica para reconstruir la cadena de significantes reprimidos que le otorga sentido.

Cada síntoma contiene en germen la estructura significante del sujeto, tal como la nervadura contiene el diseño entero de la hoja: en la clínica psicoanalítica, un detalle aparentemente menor puede revelarse como índice de la estructura (Lacan, 1955-1956/1984). No es la acumulación de datos biográficos lo que esclarece la neurosis, sino el aislamiento de esos elementos significantes singulares: lapsus, ocurrencias, sueños, síntomas, en los cuales la estructura del inconsciente se presenta en acto. Cada uno de estos fenómenos constituye un retorno de lo reprimido en lo simbólico, es decir, una reinscripción del significante inconsciente dentro de la cadena del lenguaje (Lacan, 1955-1956/1984, p. 223). Esta insistencia del significante reprimido, que Freud denominó *Wiederkehr des Verdrängten* (retorno de lo reprimido), es el motor mismo de la dialéctica inconsciente y el responsable de la proliferación de formaciones sintomáticas en la neurosis.

Ahora bien, ¿qué determina que en la neurosis los significantes formen una cadena ordenada (aunque parcialmente censurada) en lugar de quedar disgregados? Lacan responde a esta cuestión elaborando el concepto de Nombre del Padre, tomado de la teoría freudiana del Edipo y elevado al estatuto de significante fundamental. En Freud, el complejo de Edipo establece que la renuncia al deseo incestuoso y la identificación con el padre constituyen el núcleo organizador de la vida psíquica normativa (Freud, 1924/1992). El padre, en cuanto portador de la ley de la prohibición del incesto, ocupa una posición privilegiada: al mismo tiempo que frustra el deseo incestuoso, ofrece al niño un modelo de identificación y un ideal que funda la conciencia moral (el superyó) (Freud, 1923/1986).

Lacan traduce esta función paterna al registro del significante: el Nombre del Padre es el significante de la Ley y del deseo regulado, aquel que se inscribe en el lugar previamente ocupado por el Deseo de la Madre para poner límite y sentido a la economía deseante del sujeto. Esta

operación simbólica es descrita en términos de una metáfora paterna: el Nombre-del-Padre sustituye (metaforiza) el enigmático deseo materno, produciendo como efecto la significación del Fallo (Lacan, 1958/2008). El Fallo, entendido no como objeto anatómico, sino como significante central del deseo, adquiere un sentido determinado al ser anudado por la intervención del significante paterno.

En la estructura neurótica, la presencia (aunque reprimida) del Nombre del Padre garantiza un mínimo de coherencia y anudamiento en la cadena significante del sujeto. Lacan sostiene que, cuando el Nombre del Padre está forluido, la cadena significante se deshace, dando lugar a la psicosis, donde los significantes aparecen aislados, “sueltos” en lo real, sin engarce que produzca significado estable. Este es el caso paradigmático de la alucinación psicótica: un significante elemental (S1) aparece en lo real sin estar ligado a ningún S2, careciendo de sentido compartido. Por el contrario, en la neurosis el Nombre del Padre está inscripto en el Otro simbólico, aun cuando esté reprimido. Esto permite que los significantes formen una cadena ordenada (S1-S2) y que sus productos (sueños, lapsus, síntomas) tengan valor de significado dentro de un mundo simbólico compartido.

En suma, la “nervadura del significante” en la neurosis se configura como una red de elementos simbólicos firmemente tejidos por la metáfora paterna y la dinámica de la represión. El estatuto del síntoma freudiano como retorno de lo reprimido encuentra su fundamento estructural en la insistencia del significante dentro del marco de la Ley simbólica. Cada síntoma neurótico es, a la vez, un eco del significante primordial reprimido, el Nombre del Padre como mediador de la castración y la ley del deseo, y una protesta creativa del deseo que busca inscribirse de algún modo en la realidad del sujeto. Desde Freud sabemos que en las neurosis el conflicto psíquico se resuelve por la vía sustitutiva: lo que la censura rechaza de la conciencia retorna camuflado, permitiendo al sujeto obtener cierta satisfacción al costo del padecimiento. Lacan profundiza esta concepción mostrando que ese juego de ausencia/presencia está regido por la estructura del lenguaje: el significante ausente (reprimido) retorna presente en el síntoma, y el significante fundamental de la ausencia, el Nombre del Padre es, paradójicamente, el que posibilita la articulación de un sentido para el sujeto. En definitiva, la presencia de esta falta y de la castración simbólica es lo que permite al sujeto situarse en relación con el deseo, el lenguaje y la realidad de un modo estructurado y significativo.

3. Los efectos del significante en las estructuras neuróticas

La metáfora de la nervadura resume poéticamente esta idea: así como las venas de la hoja sostienen su forma y la recorren incluso en sus extremos más finos, el entramado de significantes sostiene la subjetividad neurótica, manifestándose en cada uno de sus síntomas y producciones inconscientes. La tarea del psicoanálisis, entonces, consistirá en seguir esas nervaduras del significante a través

del síntoma, remontando de la manifestación singular a la estructura que la engendra. La metáfora de la nervadura adquiere una manifestación clínica específica en cada una de las estructuras neuróticas, articulando la cadena significativa en relación con el deseo, el goce y el Otro.

En la histeria, el sujeto se organiza en torno a una pregunta fundamental: ¿qué soy para el deseo del Otro? El significante que estructura la posición histérica es el deseo del Otro como enigma, lo cual produce una constante búsqueda de significación y una identificación con la falta del Otro. La histeria interroga al Otro, se ofrece como objeto de deseo, pero a la vez evita quedar fijada en una posición definitiva: por eso, se sostiene en el rechazo a toda satisfacción plena. Lacan formula esta posición en términos estructurales: el sujeto histérico se ubica como falta en el Otro, promoviendo la división del Otro para que este produzca un significante que lo defina (Lacan, 1957-1958/2008). Sin embargo, el histérico rechaza esa definición en cuanto aparece: se trata de una estructura marcada por una demanda de amor que siempre excede su posible satisfacción.

La nervadura del significante en la histeria puede pensarse como una red que escande el deseo del Otro sin llegar nunca a totalizarlo. El síntoma histérico es una metáfora, en el sentido lacaniano: sustituye un significante reprimido, relacionado con el deseo sexual o con la ley, por otro que genera un efecto sintomático corporal o afectivo. Como en el caso paradigmático de Dora, el síntoma aparece como respuesta a un deseo intolerable, y la represión genera una formación sustitutiva en el cuerpo (Freud, 1905/2006). En la histeria, la nervadura es una red significativa que interroga y desplaza constantemente el lugar del sujeto en el deseo del Otro. Se produce así un movimiento de deslizamiento e identificación con el deseo faltante, sostenido por el anudamiento del significante fálico mediante la metáfora paterna reprimida, pero aún operante.

En la neurosis obsesiva, en cambio, el sujeto no se pregunta tanto qué es para el deseo del Otro, sino cómo evitar ser capturado por ese deseo, cómo escapar a su intrusión. La marca estructural del obsesivo es la evitación de la castración mediante una estrategia de defensa anticipatoria frente al goce del Otro. La nervadura significativa en la obsesión se manifiesta como una sobredeterminación simbólica, una hipertrofia del registro del significante: el sujeto queda atrapado en una cadena excesiva de racionalizaciones, rituales y pensamientos, con el fin de mantener el deseo a distancia. El Nombre del Padre está presente, pero adquiere un valor absoluto, hipermoral, cercano al superyó, produciendo un efecto inhibitorio. Lacan describe esta posición como una “identificación con la función del padre como Ley” (Lacan, 1957-1958/2008), lo que produce un sujeto rigidificado, que sabe mucho sobre el deseo, pero no lo asume.

En este punto, Lacan señala que el obsesivo mantiene una relación paradójica con el Otro: desea la Ley, pero al mismo tiempo la desafía en secreto, a través de fantasmas de omnipotencia y culpa. La represión está activa, pero organizada en torno a una defensa frente al deseo del Otro, que es vivido como intrusivo o aniquilador (Lacan, 1958-1959/2006).

En la fobia, la nervadura del significante opera de manera transicional entre las formas más difusas del deseo y los bordes de lo real. Lacan interpreta la fobia como una estructura de anudamiento simbólico que permite al sujeto colocar un significante privilegiado, el objeto fóbico, en el lugar de un significante que falta o que aún no puede ser asumido: el Nombre-del-Padre en proceso de constitución (Lacan, 1956-1957/2009). A diferencia de la histeria y la obsesión, donde el Nombre-del-Padre está reprimido, pero estructuralmente presente, en la fobia hay una tentativa de suplencia: el objeto fóbico funciona como “significante-pantalla”, que bordea el agujero dejado por una función simbólica todavía inestable. El caso del pequeño Hans es paradigmático: el caballo, en tanto objeto fóbico, se convierte en un modo de simbolizar el deseo materno y la amenaza de castración, funcionando como punto de anclaje para una cadena significativa aún precaria (Freud, 1909/1996).

La fobia, entonces, no es un simple temor irracional, sino una operación simbólica que introduce un límite, una distancia, un borde frente al goce del Otro. La nervadura aquí no es estable ni densa como en la obsesión, ni escandida como en la histeria, sino más bien una red en construcción, sostenida por un significante central que organiza provisoriamente el campo del deseo. En términos lacanianos, la fobia funciona como un aparato de anudamiento transitorio que impide el pasaje a la psicosis: es una defensa frente al colapso del significante paterno, que permite al sujeto una relación soportable con el deseo del Otro al precio de fobizar un objeto externo (Lacan, 1956-1957/2009).

La noción de “nervadura del significante” ofrece, en suma, una vía fecunda para pensar la especificidad estructural de cada forma de neurosis. En la histeria, se manifiesta como un tejido abierto, pulsante, en constante búsqueda de significado; en la obsesión, como una trama cerrada, reiterativa, saturada de Ley; en la fobia, como un entramado incipiente que introduce un borde protector frente al goce. En todos los casos, el significante organiza la posición del sujeto respecto del deseo, el Otro y la Ley, confirmando la tesis fundamental de Lacan: que el inconsciente, y por ende la subjetividad, está estructurado como un lenguaje (Lacan, 1966/2009).

4. Caso Anne

La historia de Anne se trata de un recorte clínico que ilustra cómo, el proceso psicoanalítico puede, mediante la identificación de los significantes neuróticos, reconstruir el camino que conecta las representaciones reprimidas del inconsciente con las fuentes de la angustia. Este proceso puede compararse con las nervaduras de una planta, que llevan agua y nutrientes desde las raíces hasta las hojas, simbolizando el recorrido que realiza el análisis para enlazar los significantes neuróticos con las raíces de las representaciones reprimidas. La identificación de estos significantes en el proceso terapéutico posibilita la elaboración y la integración de contenidos inconscientes, permitiendo que la angustia, que aparece en la superficie

psíquica, tenga su origen en estos movimientos internos profundos (Lacan, 1960).

Este análisis tomará como base la teoría de la angustia señal propuesta por Sigmund Freud, específicamente en su obra *Inhibición, síntomas y angustia* (1926). La perspectiva adoptada se basa en la conceptualización freudiana de la angustia como una señal de amenaza reprimida, que actúa como un mecanismo que permite identificar contenidos internos en riesgo de ser revelados o integrados en la conciencia. A partir de esta base teórica, se explorará cómo esta función de señal puede ser analizada en el contexto de las nevaduras neuróticas y su importancia en el proceso psicoanalítico. Según Freud (1926), "la angustia es una señal de que una amenaza, de la que no somos plenamente conscientes, se cierne sobre nuestra estructura psíquica". Esta conceptualización sitúa a la angustia en un papel preventivo, indicando la presencia de contenidos reprimidos que están en riesgo de ser descubiertos, lo que puede resultar amenazante para el equilibrio psíquico. La angustia señala, por lo tanto, un peligro interno que aún no ha sido enfrentado conscientemente, actuando como un indicativo de que algo en nuestra estructura mental necesita urgente atención.

Anne tenía alrededor de los 34 años cuando consultó por episodios recurrentes de atracones que sucedían frente a la frustración y angustia de no poder lograr determinadas cosas a que se proponía como por ejemplo la dieta, la constancia en el gimnasio, entre otras cosas. Empieza a contar su historia de forma cronológica atendiendo para cada palabra. El punto de partida es la trágica y traumática muerte de su madre por suicidio luego de largos años de depresión, evento que Anne vivenció cuando tenía tan solo 11 años: *"Era primavera. Mi papá y mis hermanas planearon salir a pasear y obviamente insistimos mucho para que mi mamá también vaya. Yo le pedí mucho pero no quiso y dijo que me vaya con ellos y lo disfrute. Después a la tarde cuando volvimos la vimos ahí...y... bueno...la llevamos al hospital rápidamente"*.

Anne relata con detalle la escena del hallazgo, el traslado al hospital, sus oraciones para que su mamá se salve y cuando la enfermera trajo la noticia de que los médicos ya no podrían hacer más nada. La historia se teje con la serenidad de quien estuvo casi quince años en análisis, de quien ya había revisitado este mismo lugar varias veces y ya lo veía con la paz y la resignación de quien aceptó una fatalidad. Con riquezas de detalles, de fechas y de forma ordenada, a partir de ahí desarrolla todo el entramado de su vida como un cuento, un cuento que ya empieza con una tragedia.

Tras la muerte de la madre, el cuidado de Anne recayó sobre sus hermanas mayores y en su padre. Ellas, que transitaban sus propios duelos y a la vez buscaban ayudar al padre y continuar sus estudios, no pudieron estar muy presentes en la vida de Anne, así como su papá que se volvió completamente al trabajo. En este momento los vecinos y algunos tíos jugaron un papel de contención, sin embargo, era del padre y de las hermanas que más necesitaba. En cambio, como forma de compensación lo que recibía de ellos eran cosas materiales.

Las sesiones con Anne siguieron plasmadas de recuerdos de las innumerables imposibilidades de ella y de su familia: *"Mi papá no podía llegar temprano a casa", "Mis hermanas no podían estar conmigo", "yo no podía relacionarme bien con la comida"*...eran algunas de las frases más enfáticas en sus relatos. Luego todas estas imposibilidades se reflejarían en las sesiones futuras en otras cosas que Anne no podía hacer: *"No logro comer bien"; "No logro sostener el gimnasio por mucho tiempo", "No logro controlarme con los atracones"*. El "no poder" se presenta como un significante, un calificativo de la forma como Anne interpreta las faltas dejadas por la familia: "yo no tenía porque ellos no podían", sin embargo, la falta trae una compensación: *"ellos lograban mantenerme tranquila con las compras, me traían siempre algo, me llevaban a comprar cosas"*, lo que a su vez no logró "llenar" a Anne de la atención que necesitaba, por lo que siempre estaba buscando según sus palabras: *"llamar la atención de alguna forma"*.

Semana tras semana, Anne asiste a las sesiones puntualmente, describe su semana siempre atenta a los detalles y a la importancia de hacer ver el escenario en el cual se desarrolla su historia. Recurrentemente vuelta a hablar de su voluntad, o más específicamente de la fragilidad de su voluntad, que se refleja mayormente en la relación con su familia, de forma particular, con su hermana mayor. La hermana, que aquí llamaremos de Lya tuvo un hijo, un bebé al que Anne cuidaba todos los días ayudando para que Lya pudiera seguir con tareas personales, una vez que el padre no era un hombre presente con el cual se pudiera contar. Sin embargo, ya se veía muy cansada y también quisiera tener tiempo para sí misma, para el novio y para cuidar su propia casa. Sin embargo, su hermana no lograba comprenderla, tampoco aceptar que no siempre tenía ganas de cuidar al bebé.

Terapeuta: *¿Por qué seguís yendo a cuidarlo?*

Anne: *No sé...no logro decir no.*

Terapeuta: *Me habías dicho que también no podés lograr la dieta, el gimnasio, evitar los atracones. ¿Ves alguna relación con todo eso?*

Anne: *Sí, obvio, no me alcanza con mi voluntad.*

Terapeuta: *¿No podés decir no solo cuando te pide para que cuide al bebé o también en otras situaciones?*

Anne: *No sé decir no a mis hermanas. Es como que tengo que estar ahí para ellas.*

Terapeuta: *¿Como una deuda?*

Anne: *Tal cual.*

La voluntad obstruida salta en el análisis cómo significante que, como señala Miller (1998) intenta sostener el orden simbólico inmutable, pero al precio de la parálisis frente al deseo que aparece como intrusivo y peligroso para su integridad psíquica. La "nevadura" obsesiva, en tanto tejido significativo redundante, cumple así una doble función: preservar la consistencia del yo y al mismo tiempo mantener el deseo bajo la forma de un imposible. El obsesivo, en esta perspectiva, se encuentra en una posición de aplazamiento perpetuo, manteniendo su deseo suspenso. En lugar de confrontarse con él, postergará indefinidamente

su realización, haciendo de la duda y de la repetición su modo de defensa.

A diferencia de la histérica, que interroga al Otro sobre su deseo, el obsesivo busca mantener al Otro en una posición de consistencia inmutable, a costa de anular el movimiento de su propio deseo (Lacan, 1958-59/2006). Anne explica su frustración en no poder resistir a las demandas de la hermana, de no poder “resistirse al deseo del Otro”, espera que la hermana por sí sola se dé cuenta, pero sabe que eso no va a ocurrir, por lo tanto, su insatisfacción y frustración no podrá tener solución. Sabe que su deseo y su voluntad siempre fueron invalidados y sus sentimientos minimizados, tal vez fuera una costumbre de la familia desde cuando vivía su mamá y nadie se daba cuenta de lo grave que estaba su situación, su depresión fue también minimizada. En su “cuento” la frustración se compensa generalmente con una salida con el novio para comer en algún lugar. En esta noche particularmente estaba desanimada y se rindió a los excesos, comió más de lo que podía, lo que resultó en un intenso sentimiento de culpa que pudo ser momentáneamente compensado con algunas compras básicas en el shopping. En el proceso analítico, se observa que Anne reproduce el mismo patrón de las hermanas frente a la culpa: no solo vincula sus excesos con la comida, sino también con las compras. Las compras aparecen aquí como significante sustituto, el que viene a compensar. Anne enfatiza el acto mismo, afirmando: *“Me gusta ir y comprar”*. El goce no se ubica en el alimento en sí, sino en el ritual de adquisición: *“Mi novio me dice que hagamos comida en casa, pero yo no quiero; necesito salir y comprarla”*.

Esta sustitución es fundamental para la estructuración del discurso y del sujeto, ya que es a través de estas operaciones que se produce el inconsciente y el sentido. La inmovilización de la circulación deseante es el precio que paga el obsesivo por un sentido estable, que se sostiene por la repetición, la duda y el ritual. Cada significante es compensado por otro, impidiendo el movimiento dialéctico que permitiría la emergencia de un deseo articulado. El S2 “compra” viene entonces en esta cadena significativa compensar la falta, el vacío dejado por la ausencia del Otro materno en la vida de Anne, que no pudo ser reemplazada por las hermanas. Eso se nota en su relación con la comida, cuando en episodios de atracones intenta “llenarse” pero “nunca le alcanza” y “vuelve a sentirse vacía”. Así la comida comprada, como tantas otras cosas compradas están presentes porque hay una ausencia que las posibilita, mientras ellas sean posibles el deseo seguirá imposibilitado.

Terapeuta: *¿Qué crees que debes a tus hermanas?*

Anne: *No sé... fueron ellas que me cuidaron después que pasó lo que pasó con mi mamá. También fue difícil para ellas.*

Anne comenta sobre los esfuerzos de sus hermanas y de cómo la vida cambió después de la muerte de su mamá. Siente que no puede dejar de atender a las exigencias de las hermanas, aunque no quiera, porque no podría soportar la culpa. La clínica de la neurosis obsesiva permite

situar en el centro de su dinámica subjetiva la noción de una deuda imposible de saldar. Freud (1909/1996), en el caso del Hombre de las ratas, muestra cómo el sujeto queda atrapado en una lógica de culpa y expiación sin fin. Cada acto o pensamiento adquiere un valor de deuda simbólica frente a las figuras parentales, particularmente en relación con la ambivalencia amor-odio dirigida hacia la figura parental (en este caso representada por hermanas). En este marco, la deuda no remite a un objeto preciso ni a una falta concreta, sino a un saldo siempre pendiente que alimenta la repetición del síntoma.

El obsesivo se condena a reparar eternamente aquello que nunca puede reparar del todo. Lacan (1957-58/2008), por su parte, conceptualiza esta deuda como efecto estructural de la posición obsesiva frente al Otro. En el circuito cerrado de la cadena significativa, el obsesivo mantiene al Otro en un lugar de consistencia inmutable, colocándose él mismo en la posición de eterno deudor. La deuda impagable de Anne aparece, así como un modo de diferir indefinidamente el encuentro con el deseo: pagar nunca es suficiente, y la falta nunca puede ser cancelada. ¿Qué falta? ¿Qué habría hecho a sus hermanas que nunca podría ser remediado? Las asociaciones libres llevan Anne a entender que inconscientemente se sentía culpable por la muerte de la madre, por no poder haber impedido, por no haber quedado en casa con ella y hecho algo para salvarla.

Aunque su lógica le diga que tenía solo 11 años y que no podría haber hecho mucha cosa, la culpa reprimida vuelve en forma de pensamientos obsesivos que “abusan” de ella como de una “niña mala” que merece punición. La culpa a su vez puede ser “compensada” pagando la deuda, pero la deuda nunca se puede pagar. En El deseo y su interpretación (1958-59/2006), Lacan precisa que esta deuda está articulada al goce, en la medida en que el obsesivo encuentra satisfacción en el mismo aplazamiento de su cancelación. Se trata, entonces, de una economía subjetiva donde la deuda, en lugar de resolverse, se convierte en el sostén estructural del lazo del obsesivo con el Otro, garantizando la perpetuidad de la repetición.

En el transcurso de las sesiones, Anne organiza cuidadosamente lo que desea comunicar, con especial atención a los contenidos que le generan angustia. Un día relata: *“Estuve pensando qué iba a decir y me di cuenta de que hoy no tenía nada... entonces pensé en lo que podría angustiarme, y me vino la idea de que quizá yo podría haber abusado de mi hermana cuando vivíamos juntas. No sé si es verdad o si es cosa de mi cabeza...”*. Comprende que la idea de haber dañado a su hermana probablemente responde a un engaño de su mente. No son raros pensamientos como estos en los relatos de Anne. Muchas veces se encuentra con el miedo de haber lastimado a alguien que ama, otras veces se encuentra con las ideas de que alguien le podría haber lastimado. Como no tiene recuerdos a respecto termina siempre con la conclusión de que todo fue un cuento en su imaginación.

Terapeuta: *“En tus pensamientos, ¿Hacés algo malo o alguien te hace algo malo?”*

Anne: Generalmente yo hago algo malo a alguien que amo. Eso me hace acordar que cuando era chiquita ellas se enojaban mucho por tonterías. Yo hacía cosas de chica pero pareciera como que no podía equivocarme nunca, tenía que hacer todo perfecto, no me daban margen de error.

Anne oscila entre admiración y enojo cuando habla de las hermanas. Freud destaca la ambivalencia afectiva del sujeto obsesivo quien se siente atrapado en la constante oscilación entre el amor y el odio hacia los mismos objetos. Las formaciones sustitutivas, rituales y pensamientos compulsivos emergen como intentos de neutralizar deseos inconscientes y hostilidad reprimida, lo que permite mantener al yo protegido. Según Lacan (1957-58/2008), en su concepto de “circuito cerrado del significante” explica como la cadena significativa en la neurosis obsesiva se articula como un circuito repetitivo y redundante, que no avanza hacia una resolución dialéctica, sino que gira en bucle sosteniendo un sentido fijo.

Los pensamientos intrusivos a los cuales Anne se refiere como causa de angustia, y que de los cuales no puede liberarse, están generalmente girando en torno a ideas sexuales, a abusos sufridos o provocados. Lacan (1956/57) interpreta los pensamientos intrusivos no solo como un retorno del deseo, sino como una defensa radical contra el deseo mismo. El obsesivo, a través de sus rumiaciones y rituales, intenta controlar el objeto de su deseo y, al mismo tiempo, evitar la confrontación con la falta o el goce. Para Lacan, el obsesivo busca protegerse de la castración simbólica (la falta de un objeto que lo complete), estableciendo una relación de dominio sobre el Otro. Los pensamientos intrusivos son una forma de postergar el encuentro con el deseo y con la realidad, que es inherentemente insatisfactoria y ligada a la muerte. La neurosis obsesiva es una manera de eternizar la duda y el tiempo, intentando así aplazar el goce y la muerte. El deseo es, por naturaleza, caótico, irracional e impredecible. Surge sin control y puede llevar a acciones que el sujeto no puede manejar. Para el obsesivo, esta falta de control es insoportable. Desde una perspectiva psicoanalítica, la neurosis obsesiva se erige como un dispositivo de defensa contra el carácter caótico e impredecible del deseo.

El sujeto obsesivo, incapaz de tolerar la falta de control inherente al deseo, desarrolla una estrategia psíquica que lo neutraliza al someterlo a un proceso de intelectualización y moralización constante. La dinámica de los pensamientos intrusivos de contenido sexual se manifiesta a través de un mecanismo de tres fases interconectadas. En la primera, se produce una conversión del deseo. En lugar de experimentar directamente una atracción o un impulso sexual, el sujeto lo transforma en un pensamiento invasivo y angustiante, a menudo de índole perversa o violenta. Este pensamiento sustituto cumple la función de una representación simbólica que permite al sujeto gestionar el impulso original. En la segunda fase, la moralización, el pensamiento intrusivo es sometido a un riguroso juicio ético. La cuestión ya no se centra en la naturaleza del deseo, sino en el valor moral del sujeto que lo piensa (“¿soy una mala persona por tener este pensamiento?”). Este despla-

zamiento del conflicto desde el plano del deseo al plano moral y existencial es un acto defensivo crucial que permite al sujeto evitar la confrontación directa con la angustia que provoca la falta. Finalmente, la tercera fase, caracterizada por la neutralidad y la duda perpetua, inmoviliza al sujeto. Al quedar atrapado en este debate moral sin solución, el obsesivo se mantiene en un estado de rumiación intelectual incesante.

Esta posición de aparente neutralidad es, en realidad, una maniobra estratégica para evitar tanto la aceptación del deseo como la confrontación con su posible realización. El pensamiento se convierte así en una herramienta para “matar el deseo”, al mantenerlo confinado en el reino de lo mental, sin que llegue a la acción. Este ciclo le permite al sujeto obsesivo eludir el encuentro con la castración simbólica y la angustia que el deseo conlleva. El significante abuso aparece en los pensamientos de Anne “abusando” de ella, pero específicamente de la “Anne mala”, no mala por sus pensamientos sexuales perversos, ni por proveer a sus hermanas de la ayuda siempre demandada, sino la “Anne mala” que con su voluntad no alcanzó a impedir que su mamá se suicidara. La muerte, que según Lacan no existe como significante aparece como aquel real que amenaza volver y se puede ver en los síntomas de hipocondría que ha desarrollado o en los pensamientos de que puede matar al bebé. Para Lacan, la muerte pertenece al registro de lo Real, aquello que no puede ser simbolizado ni imaginado. Podemos hablar de la muerte, usar palabras para describirla (“fallecer,” “expirar”), pero estas palabras son solo intentos de llenar un vacío. No hay una palabra o un concepto que represente la muerte en sí misma, porque la muerte es la aniquilación del sujeto. El lenguaje puede hablar casi todo, pero tiene un límite, la muerte. Este concepto está directamente relacionado con la castración simbólica que es la aceptación de una pérdida fundamental y la entrada al orden simbólico. Es la renuncia a la idea de completitud. La muerte es la forma definitiva de esa falta, el punto de no retorno donde el significante ya no puede operar.

La metáfora del neurótico obsesivo como “abusado por sus pensamientos” permite situar el modo específico de goce que lo caracteriza. En efecto, el obsesivo no se limita a sufrir sus pensamientos intrusivos, sino que en la reiteración de este abuso se localiza un plus de satisfacción. Freud (1909/1996), en el caso del Hombre de las ratas, ya había mostrado cómo la compulsión a la repetición se sostiene más allá del principio de placer, revelando una ganancia libidinal en el sufrimiento mismo. Lacan profundiza esta lógica al situar el goce como aquello que “va más allá del principio del placer” (Lacan, 1966/2008, p. 814), es decir, como un exceso que se obtiene justamente en el sometimiento a la repetición. En la neurosis obsesiva, este goce se manifiesta bajo la forma de un abuso del sujeto por el significante. En Las formaciones del inconsciente (1957-58/2008), Lacan describe cómo la cadena significativa del obsesivo funciona en circuito cerrado: cada pensamiento genera otro que lo compensa, sin apertura hacia una resolución.

Esta clausura produce sufrimiento, pero también asegura un goce en el mantenimiento mismo de la parálisis. El sujeto queda capturado por sus pensamientos, y en esa captu-

ra se encuentra el núcleo de su satisfacción paradójica. Lo decisivo en Lacan es que este goce no pertenece al orden del placer consciente, sino a la lógica de la pulsión. En *El deseo y su interpretación* (1958-59/2006), plantea que el obsesivo goza precisamente de diferir el acto, de mantener el deseo suspendido en un aplazamiento perpetuo. El "abuso" de sus pensamientos no es sino el efecto de la pulsión que insiste en su circuito, y el goce radica en la repetición de ese sometimiento. Así, el obsesivo goza en tanto es abusado por el significante: lo que aparece como tortura es, a la vez, el modo de asegurar un plus de satisfacción inconsciente.

5. Conclusión

La articulación realizada en este artículo de la noción de nervadura de significante descrita en la obra lacaniana desde la perspectiva de las psicosis puede también ser pensada para el campo de las neurosis. La noción de nervadura del significante ilumina la especificidad de cada estructura neurótica al mostrar cómo el entramado simbólico sostiene la posición subjetiva frente al deseo, el goce y la Ley. En la histeria, se configura como una red abierta y móvil que interroga incesantemente al Otro; en la fobia, como un anudamiento precario que introduce un borde protector frente a lo real. Pero es en la neurosis obsesiva donde la nervadura adquiere su forma más rígida y densa: una trama saturada de significantes, dominada por la Ley y organizada en torno a la deuda imposible de saldar. Esta estructura sobredeterminada inmoviliza el deseo, clausura el movimiento dialéctico de la cadena y genera una repetición compulsiva que, aunque sufriente, asegura un plus de goce.

El caso clínico de Anne muestra cómo, a través de las asociaciones libres desplegadas en el proceso psicoanalítico, es posible localizar los significantes que condensan la angustia y trazar su recorrido en la cadena inconsciente. Este trabajo permite articular la angustia en su dimensión de señal, tal como la concibió Freud, una producción del yo con función anticipatoria y protectora. De este modo, el análisis posibilita seguir el hilo de la angustia hasta alcanzar las formaciones inconscientes que la sostienen, abriendo la vía para su elaboración simbólica y para una nueva inscripción subjetiva.

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1895/1996). *Estudios sobre la histeria*. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (Vol. II, pp. 123-327). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905/2006). *Tres ensayos de teoría sexual*. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (Vol. VII, pp. 109-220). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1909/1996). *Notas sobre un caso de neurosis obsesiva (El hombre de las ratas)*. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (Vol. X, pp. 151-318). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1913/1996). *Tótem y tabú*. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (Vol. XIII, pp. 1-161). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915/1981). *La represión*. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (Vol. XIV, pp. 129-142). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923/1986). *El yo y el ello*. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (Vol. XIX, pp. 13-66). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924/1992). *La disolución del complejo de Edipo*. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (Vol. XIX, pp. 233-241). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1926/1996). *Inhibición, síntoma y angustia*. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (Vol. XX, pp. 71-164). Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (1955-1956/1984). *El seminario, Libro 3: Las psicosis* (ed. J.-A. Miller; trad. H. Meynard). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1956-1957/2009). *El seminario, Libro 4: La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1957/1998). *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*. En *Escritos 1* (pp. 493-528). México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1957-1958/2008). *El seminario, Libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1958/2008). *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*. En *Escritos 2* (pp. 537-590). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1958-1959/2006). *El seminario, Libro 6: El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1964/1987). *El seminario, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (trad. T. Micone). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1966/2009). *Écrits [Escritos]* (trad. B. Kail et al.). Nueva York: Norton.
- Miller, J.-A. (1998). *Introducción a la clínica lacaniana*. Buenos Aires: Paidós.

Fecha de recepción 8 9 2025
Fecha de aceptación 31 10 2025